

MENTALIDAD, GUERRA Y RELIGIÓN EN LA OBRA DE
FRANCISCO DE BILCHES. UNA VISIÓN HAGIOGRÁFICA
DE LA FRONTERA HISPANO-MUSULMANA

ANTONIO LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo. C.E.U.

ADELA TARIFA FERNÁNDEZ
I. B. «San Juan de la Cruz». Ubeda

Alcalá la Real es un lugar pintiparado para meditar en torno al impacto de la invasión musulmana y la Reconquista en las mentalidades de los pueblos de la Península Ibérica; lo que vale tanto como hacerlo en torno al problema de España, a su diferenciación, sin que al escribir estas líneas estemos siquiera tomando partido acerca de la existencia del uno y la otra.

Todavía hoy se propende a subrayar, casi siempre exagerándolas y a menudo identificándolas caprichosamente, las notas que nos distinguen de nuestros vecinos europeos. Ahora bien, mirando al pasado, el historiador no puede por menos de convenir en que los dos aludidos eventos, de tan larga duración —el paso de plantígrado, de Ortega y Gasset, y no olvidemos que ello a la hora de las valoraciones tendría dos filos—, implican una diferenciación del paralelo destino de los países colindantes.

Y bien, cuando de esa duración, de tal tensión reconquistadora se trata, es una tentación poner un mojón en 1248 a empalmar con el de 1492, de Sevilla a Granada en un largo intervalo de tolerancia de la frontera con la ineludible convivencia a sus lados. Mas hacerlo así supone olvidarnos del interludio bélico de la nueva invasión africana de los marinides, a mediados de la centuria a su vez intermedia. Y habiendo estado Alcalá en el ojo

del huracán de ambos, huelga ponderar su significado. Tanto que a su sombra evocadora uno se siente más propicio a elaborar los textos giennenses que con esa mira nos hemos propuesto recoger.

FRANCISCO DE BILCHES. EL AUTOR, SU OBRA Y LA ÉPOCA

Madrid, 8 de septiembre de 1653: la protocolaria tasación de los Señores del Consejo Real «*a quatro maravedís cada pliego*» daba vía libre a una obra que había esperado 10 años de trámites hasta ver la luz¹. Su autor: el Padre Francisco de Bilches, de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio de San Ignacio de Baeza y miembro de una ilustre familia de la oligarquía municipal. Su contenido: bastante puede intuirse con la sola lectura del título que recibió: *Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y de Baeza. Prueba de lo resuelto por los Santos*.

Con estas breves notas de presentación huelga comentar que la obra de Bilches nace marcada por el signo de Trento —un concilio tan español como ecuménico, que dijera un día Menéndez Pelayo— y se inserta en el cúmulo de publicaciones religiosas contrarreformistas, que tienen en los Sermones, Summas Teológicas, Meditaciones y Hagiografías temas predilectos. Eran en definitiva obras didácticas, nacidas de plumas ilustres del clero, pero que calaban fácilmente en masas populares poco cultas. Y hasta en lo que de «popular» tenían las de cultura elevada.

Si nadie ponen en duda hoy que el modelo organizativo del catolicismo tuvo en Trento su bastión más firme, tampoco puede ignorarse cuanto pesó lo hispano allí. Sus doctrinas encontraron en Felipe II el más ferviente defensor, y entre los hijos de san Ignacio los más firmes militantes. Miembro preclaro de ellos sería Francisco de Bilches².

¹ Eran largos y complejos los trámites para que una obra fuese publicada. Las estrictas normas de censura vigentes en el pontificado de Urbano VIII recogen el espíritu posttridentino de la época de Bilches. El rigor de Trento inspira el decreto pontificio de 3 de marzo de 1625, confirmado por el de 5 de julio de 1634, que prohíbe imprimir libros sospechosos. La obra de Bilches tampoco escapó de esta rígida vigilancia.

² FRANCISCO DE BILCHES: *Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y de Baeza*, Madrid, 1653. Agradecemos a D. José Juliá, historiador de Santisteban del Puerto, las facilidades que nos dio para consultar sus fondos bibliográficos. Sobre Bilches: C. SOMMERVOGER: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Bruselas, 1890-1900, y URIARTE: *Biblioteca de escritores de la antigua asistencia de España desde sus orígenes hasta el año 1873*, Madrid, 1935, ambos en *Ad vocem*; Cfr. J. SANTIVÁNEZ: *Historia de la provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús* (ms. en la Universidad de Granada). DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad espa-*

El Padre Bilches fue, como todo hombre, hijo de la época que le tocó vivir. Así, mientras él escribía estas páginas dedicadas a lo espiritual, lo material para España transcurría por oscuros vericuetos. Ciertamente es que la profunda crisis que nos afectó, de tan amplios ecos políticos, socioeconómicos y demográficos, pareció tocar fondo en el fatídico 1640, pero salir de aquel profundo pozo de miserias fue un proceso lento. España, tras las graves revueltas internas, los dramáticos resultados de la Guerra de los 30 años, los adversos pactos de Westfalia y los Pirineos, perdió definitivamente la hegemonía europea. Su época gloriosa había terminado, precisamente en la centuria que mereció llamarse «Siglo de Oro»³.

Siglo de Oro trágico. Durante él, entre dolor y miseria de la mayoría se gestó la gloria imperecedera de unos pocos. Eran hombres de las Artes y las Letras, de espiritualidad sublimada, testigos de un tiempo, hijos de una mentalidad que encontró sus peores enemigos en erasmistas e iluminados, luteranos o calvinistas, y, como no, en la ancestral perversión hispana hacia judeizantes o moriscos. En este contexto nace, se justifica y debe entenderse la obra de Bilches, víctima a la postre de aquella «batalla inmisericorde», cruzado en la modernidad, vecino de una ciudad de murallas y fronteras⁴.

Se ha dicho que los hombres del XVII vivieron en permanente estado de excepción, aludiendo a la violencia que generaba una época marcada por rituales internos y externos basados en el miedo. Y que ese miedo era motor de conductas, cumpliendo el papel de integrar a cada individuo en el Cuerpo Social que le correspondía. Pero, admitiendo en esencia la verdad que puede existir en tales teorías, también hemos de entender que, generado el miedo, se buscasen remedios para paliar sus terribles efectos. Y que, a falta de otros consuelos, los hombres encontraran en la Religión, esa «presencia invisible» a que aludió Domínguez Ortiz, el medio para escapar de un trágico mundo real y transitar hacia otro sobrenatural más llevadero. Pues bien, desde este planteamiento no cabe duda que la obra del Padre Bilches

ñola del siglo XVII (2 vols.), Granada, 1992. BOUZA ALVARES, J. L.: *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, 1990. También: BERNER, P.: *Para una teoría sociológica de la Religión*. Barcelona, 1971.

³ REGLÁ CAMPISTOL y CÉSPEDES DEL CASTILLO: «Los Austrias y el Imperio en España y América», en *Historia de España*, dirigida por Vicens Vives, Vol. III, Barcelona, 1982.

⁴ FERNÁNDEZ ALVAREZ, M.: *La sociedad española del Siglo de Oro*, Madrid, 1974, Vol. II, págs. 805 y ss. También: BENASSAR, B.: «Los españoles y la religiosidad en el siglo XVI», y CORTÉS PENA, A. L.: «La Castilla de Santa Teresa», en *Cuadernos de historia 16*, núm. 110, págs. 4-8, 10-16.

cumple a la perfección lo que cabría esperar de ella: refleja vivencias de una sociedad sacralizada muy diferente a la nuestra. Abre puertas a un mundo en que lo humano y lo divino se dan la mano, unidos íntimamente santos y devotos, ricos y pobres, vivos y muertos en suprema hermandad. El milagro, la aparición, el prodigio forman parte de lo cotidiano. Su gozo no tiene más límite que estar en el lugar adecuado de la frontera, esa que se sitúa a la derecha de Dios Padre. En el lado de los buenos⁵.

Naturalmente cabría también decir que desde esta óptica la obra de Bilches ha perdido ya el sentido con que fue concebida. Porque es evidente que el jesuita de Baeza escribe animado por un espíritu mezcla de candor y violencia, ajeno al mundo actual. Un mundo que si bien ha conservado esa coraza de miedos y violencias, elevándola al infinito, perdió su capacidad de asombro, su candor, y con ello parte de sus consuelos. Pero esa interpretación, caso de hacerse, resultaría bien simple.

Porque en los escritos de Bilches hay mucho que aprender. Nos llevan a una Geografía remota, a una Historia lejana, a unas citas historiográficas clásicas, y facilita datos al estudioso en Genealogía y Heráldica (tema curiosamente muy en boga hoy, cuando creímos enterrada la Sociedad Estamental), entre otras muchas cuestiones. Pero sobre todo es imprescindible para adentrarnos en el complejo mundo de otras mentalidades. Y es precisamente en ese punto cuando el lector atento llegará a preguntarse cuánto hemos progresado. Cuánto ganamos y perdimos el día que la razón nos llevó a sesgar caminos entre cielos y tierra⁶. Nosotros entendemos que Bilches sigue siendo referencia obligada para investigar sobre nuestra historia. Su obra, amén la orientación espiritual que la inspira, nace de una mente culta

⁵ ÁLVAREZ SANTALO, L. C.: «Los árboles y el bosque: la maquinaria ritual»; EGIDO LÓPEZ, T.: «Mentalidad y percepciones colectivas», y SÁNCHEZ LORA, J. L.: «La histeria religiosa del Barroco en la norma de las mentalidades. Reflexiones para una apertura», en *Mentalidad e Ideología en el Antiguo Régimen*, Ed. ÁLVAREZ SANTALO y CREMADES GRIÑÁN, Murcia, 1992, Vol. II, págs. 15-25, 57-61 y 129-34. También: DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los ss. XVII y XVIII», en *Historia de la Iglesia española*, Madrid, 1979, vol. IV, págs. 5-72, y ÁLVAREZ SANTALO, L. C.: «La religiosidad barroca: la violencia devastadora del modelo ideológico», en *Actas VII encuentros de Historia y Arqueología*, San Fernando, 1992, Vol. I, págs. 91-114.

⁶ Puede verse al respecto: ARANDA DONCEL, J.: «Las predicaciones cuaresmales en el obispado de Córdoba en el siglo XVII», y TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Mortalidad catastrófica y religiosidad popular en Úbeda en la E. Moderna», en *Actas I Congreso de Religiosidad Popular*, Cabra, 1994, págs. 67-84, y 169-84. RUMEU DE ARMAS, A.: *Historia de la Previsión social en España*, Barcelona, 1981, y LINAGE CONDE, A.: *Las Cofradías de Sepúlveda*, Segovia, 1989.

y minuciosa. Que de él beben fuentes posteriores es innegable, y extraña que no haya alcanzado aún atención similar a la que mercedamente tienen hoy las obras de Jimena Jurado o Argote de Molina, por citar sólo algún ejemplo. Admitido esto, las posibilidades de indagar entre sus páginas ya sólo dependen del lector. En esta ocasión elegimos bucear por la vía hagiográfica. Hablar de moros y cristianos, de mártires y verdugos, de cautivos. De milagros y patronos, de buenos y malos, en una eterna frontera. El viejo tópico de la dulce tolerancia tiene en estas páginas un amargo contrapunto. Bilches y los suyos se colocaron en un lado de la frontera. Su obra es beligerante, consecuente con unas ideas. Hija de su época⁷. De ahí la elección de su argumento hagiográfico. Justamente por la índole fronteriza de su teatro espacial, muestra su obra de la polivalencia de la hagiografía para la indagación y el diagnóstico de las mentalidades en juego.

Fernand Braudel ha hablado del politeísmo subconsciente de los devotos de los santos, llegando los tales hasta una configuración en ese orden de cosas de la religiosidad popular. Pero no pretendemos ir por ahí.

El aspecto que queremos subrayar es la proximidad de los intercesores, la aproximación a los mismos de sus devotos dichos. No cabe duda por esos caminos de que el culto a los siervos de Dios humaniza la religión monoteísta. Pero también por eso mismo cabe se desvíe por los vericuetos de la meramente o demasiado humano, por derroteros *non sanctos* incluso, si la expresión se nos permite. Concretamente, en el caso de la frontera, su proclividad hacia la plena entrega, escasa de limitaciones, al ardor guerrero, de su energía religiosa sin más. Y por esto nos parece fecunda, y de posibles proyecciones mucho más allá de sus propios lugar y tiempo, la consideración de la hagiografía de nuestro jesuita desde este punto de vista. De tremendas posibilidades de cotejo a lo largo del tiempo y a lo ancho de la geografía. En cuanto a la proyección del devoto en el santo de su devoción.

LA AMPLIFICACIÓN MARTIRIAL

Bilches da por buenas las profusas noticias hagiográficas de los falsos cronicones, algo por otra parte plenamente natural en su época y ambien-

⁷ FLORES MUÑOZ, A.: «Fuentes bibliográficas impresas para el estudio de la religiosidad popular cordobesa en la E. Moderna», en *Actas de Religiosidad Popular,op. cit.*, págs. 415-29. TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Ubeda fronteriza y cristiana en la historiografía giennense», en *Actas Congreso Internacional: «La frontera oriental nazarí como sujeto histórico»*, Lorca, 1994 (en prensa).

te⁸. De ahí las invenciones de las mártires Anatolia y Victoria⁹, a quienes Luitprando hizo víctimas del emperador Decio. Y enriquece el episcopologio de Baeza con supuestos mártires de los días de la invasión, su tema favorito desde luego, «fronterizo», a saber Teudiselo y Víctor, éste acompañado de Alejandro y Mariano, además de un Sisenando, a quien hace obispo de Martos¹⁰.

Ahora bien, al describir en concreto esa supuesta persecución de los comienzos, afirma que «...prohibieron a los sacerdotes recitar el oficio divino y decir misa a puerta abierta, y a los obispos y predicadores del evangelio hablar en público de Mahoma, forzándoles a pagar numerosos tributos...». Lo cual no está muy lejos de la realidad, ni de los propios días martiriales euaglogianos, pero en el contexto de la época no implicaba una situación demasiado penosa para los vencidos de la otra religión¹¹. Ni siquiera para algunas que hemos tenido a nuestro alcance en este siglo XX. En todo caso, tenemos la sensación de que los lectores de aquellos días no repararon lo bastante en la composición de lugar de ese pasaje, pues de haberlo hecho no habrían podido mantener su monolitismo historiográfico, ni siquiera el autor, el mismo Bilches si quiera quizás¹².

De los mártires auténticos se muestra discreto al tratar de Amador¹³. A Eugenia la amplifica¹⁴, también según Luitprando y Juliano, pero ello no

⁸ Notemos la cita, en su apoyo, del obispo de Lisboa e historiador de los obispos de Braga, Rodrigo de Acuña, igualmente convencido. Claro está que el problema se nos reenvía al de la fabricación de los falsos cronicones mismos, pero naturalmente que no tenemos la pretensión de hacer de él nuestro argumento aquí. Pero nos atrevemos a recomendar la lectura de uno de los últimos libros de Julio Caro Baroja en el que aborda el tema, *Las falsificaciones en la historia*.

⁹ FRANCISCO DE BILCHES, *op. cit.*, XVI, 45.

¹⁰ *Ibid.* XXXII, 83 y XXXIII, 65.

¹¹ Si bien luego falsea la realidad, al escribir que Gult, «incitado del demonio», mandó «...dexar la ley de Jesuchisto, y recibir la secta de Mahoma, y de no hacerlo así, dava las haciendas al Fisco y las vidas al cuchillo, sin distinción de personas ni respeto a dignidades...» (Remite a Mármol Carvajal).

¹² Esto nos recuerda las pretensiones de algunos historiadores economicistas de nuestros días de haber descubierto ciertos ámbitos y situaciones, siendo así que ya constaban en sus predecesores, sólo que exigiendo una lectura distinta, con cierta hermenéutica.

¹³ BILCHES, xxxiv, 85. Dice fue educado por su madre en la fe cristiana «...contra el contaxio que corría de la secta de Mahoma...», cuando «...Abderaman, rey de Cordova (movió) persecución contra la Iglesia...».

¹⁴ *Ibid.*, XXXV, 90. Afirma fue martirizada con 10 años «...con Abderrana quarto (otros llaman tercero), rey de córdova... zelosísimo de la observancia de la secta...».

podía estar más puesto en razón, ya que sólo una inscripción de catorce versos encontrada en 1544 y a la que dio crédito Ambrosio de Morales, nos testifica de su existencia¹⁵.

Sin embargo, desde el punto de vista del culto a los santos *in genere* en la Iglesia, los desvaríos seudohistóricos que Bilches contribuye a propagar nos chocan en cuanto, una vez que la cristiandad, tardíamente desde luego, había admitido el culto a dichos siervos de Dios que no habían padecido martirio, abriendo por lo tanto el santoral a otras gentes y ámbitos distintos, aquí se continuaba un tanto anclado en la etapa anterior¹⁶.

LA METAMORFOSIS HAGIOGRÁFICA

Al justificar el patronazgo de San Isidoro de Sevilla¹⁷, lo hace Bilches en uno de los pasajes donde más se advierte su condición heredada de la pugnacidad ancestral. Pues es sabido lo variopinto de las motivaciones de tal elección, a veces el sorteo incluso. Y desde luego que sería impertinente poner ejemplo alguno. Y sin embargo nuestro jesuita da por supuesto haberse de tener en cuenta ante todo «...a los que ayudaron a salir del cautiverio de los bárbaros y redujeron a la libertad a los cristianos...».

Pero la aparición en concreto del santo obispo visigodo a Alfonso VII, cuando éste sitiaba Baeza, no tiene desperdicio en la indagación de las mentalidades. «...Una persona venerable vestida de pontifical y resplandeciente como el sol». Para un santo confesor pontífice bastaría, *L'évêque dans la cathédrale triomphant*, de Paul Claudel en la poesía bíblica y medieval de nuestros días. Pero naturalmente que en nuestro contexto había que disfrazarle de guerrero. Y así se le hace cabalgar sobre un caballo blanco, y llevar en una mano una espada y en la otra una cruz. Pero hay más, y es que la

¹⁵ Cfr. COLBERT, E.: *The martyrs of Cordoba* (Washington, 1962), 261-62 y 382.

¹⁶ Nada más natural para él que hablar en términos hagiográficos-martiriales de la muerte del infante Sancho de Aragón, a manos de los moros, siendo arzobispo de Toledo (XLVII, 136). Los estridentes detalles de su decapitación, que Bilches narra con deleite, son secundarios a esos efectos.

¹⁷ BILCHES, XXXIII, 93. Puede verse: FONTAINE, J.: «Le culte des saints et ses implications sociologiques», y FROS, H.: «Culte des saints et sentiment national», en *Analecta Bollandiana*, 100, (1982: Melanges B. de Gaiffier y F. Halkin), 17-42, y 729-36; GREGOIRE, R.: *Manuale di Agiologia. Introduzione a la litteratura agiografica* (Bibliotheca Montisfani, 12, Fabriano, 1987, págs. 305-87. HEAD, T.: *Hagiography and the cult of saints* (Cambridge, 1990), págs. 135-200. También: HEFCERNAN: *Sacrad Biography. Saints and their biographers in the Middle Ages* (Nueva York, 1992); METZGER, M.: «Miracles, Reliques et vie sainte

espada y la cruz son las mismas del Apóstol Santiago¹⁸, y se dice expresamente que Isidoro es el sucesor del apóstol mismo en la protección de España.

¿Por qué de la sustitución? Nosotros vamos a limitarnos a recordar la muy atendible hipótesis de que el desarrollo en el sur mozárabe del culto a los siete varones apostólicos obedeció de alguna parte a ciertos celos de estar los correligionarios cristianos del norte reconquistado en la posesión del apóstol¹⁹. Dato de interés para la acuñación de las mentalidades peninsulares y de su recíproca relación si admitimos una permanencia de los tales recelos como sería el caso. En cuanto a la metamorfosis del santo pacífico en un belicoso matamoros, ¿acaso no era la misma que con el propio Santiago se había hecho, haciendo así irreconocible a la devoción de los peregrinos europeos su imagen hispana?²⁰.

Y hemos aludido a la permanencia. De la que en España tuvo lugar en plena modernidad de las huellas de aquel medievo no es preciso decir nada. Pero hay más, y es que el destino geográfico peninsular la seguía haciendo físicamente vulnerable a la amenaza islamita. Así, al reconstruir el paisaje histórico en cuestión, Fernand Braudel, en *El Mediterráneo y mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ha podido citar avisos del Rey prudente al papa —a los efectos de hacerle ver sus responsabilidades como jefe de la cristiandad frente a sus devaneos de soberano temporal— en torno a una nueva posible caída de España en manos de los musulmanes. ¿Y qué quieren decir las atalayas de que está constelado nuestro litoral, caminando hasta espacios fronterizos sin gaviotas, allende Alcalá la Real...? ¿Y la permanente alarma en las costas, las insulares también, con la espada de Damocles de una posible cautividad siempre al acecho? ...Por este camino

selon des témoignages iconographiques médiévaux», en *Saints et Sainteté dans la Liturgie. Conférences Sain-Serge, XXXIII Semaine d'études liturgiques*, Paris, 1986 (Bibliotheca «Ephemerides Liturgica-Subsidia», 40; Roma, 1987), 241-57.

¹⁸ Sobre una intervención milagrosa de Santiago, en tiempos de Enrique IV, 1469, en el asedio moro a Quesada, véase LIII, 157: «...apareciendo mucha gente con armas vestida de blanco...», versión que recoge también la crónica del Condestable Lucas de Iranzo.

¹⁹ Remitimos a la bibliografía de nuestro artículo sobre San Indalecio, a punto de aparecer en el «Dictionnaire D'Histoire et Géographie Ecclésiastiques». Para la continuación leonesa del episodio conviene ver aún los viejos libros de PÉREZ LLAMAZARES, J.: *Historia de la Real Colegiata de San Isidoro de León y Monografía de la misma*, León, 1927 y 1923.

²⁰ Hay que seguir remitiendo al libro de LACARRA Y OTROS, J. M.: *Las peregrinaciones a Santiago*, Madrid, 1949; nueva ed., Pamplona, 1933.

nos saldríamos mucho del marco cronológico del congreso; podríamos llegar hasta la Conferencia de Algeciras y las acciones militares del General Primo de Rivera (¿difícil resulta poner fronteras a la historia!)... Pero nos basta con subrayar esa ecuación entre una situación real y las mentalidades engendradas por un pasado que aún no lo era del todo. En todo caso, resaltemos la plena vigencia de todo este universo interior en los días del monarca del Escorial, por lo que sintonizó plenamente con él el poeta Pedro de la Vecilla al describir el milagro isidoriano:

*Ved este Rey Alfonso que teniendo
sitiada a Baeza, muy turbado
estará multitud bárbara viendo,
que el paso, y las espadas le han ganado:
Y el real San Isidro, que queriendo
mostrar, que en tal sazón no le ha olvidado
aparécelle, y promételle ufano,
que le ha de dar favor con sacra mano...»²¹.*

Es decir, que la Península seguía estando hasta cierto punto en la frontera...

Por estas mismas vías nada más puesto en razón el entusiasmo de Bilches al describirnos, con la maravillosidad que podemos suponer, la jornada de las Navas (XXXII, 101). ¿Qué de particular tiene su equiparación a la cruzada internacional tendente a liberar los santos lugares, la misma Jerusalén, vieja aspiración con la que naturalmente condescendió la Santa Sede?²². Nada extraña luego la aparición, acaso, de san Isidro, o de un ángel

²¹ BILCHES, *Op. Cit.*, XXXVI, 96. Recogemos estos primeros versos que cita Bilches del poeta Pedro de la Vecilla. Éste dedicó su obra a Felipe II «con el título de León de España». Otro aspecto, a propósito de la mutación del santo obispo visigodo en guerrero de la Reconquista es su encarnación simbólica en el pendón tan popular en Baeza. Forjando con ello un instrumento iconográfico y una reliquia cívico-religiosa al servicio de la monarquía imperante. Sobre el pendón dice Bilches que llegó a Baeza gracias a las diligencias que hizo el «...Excelentísimo Señor D. Antonio Alonso Vigil de Quiñones y Pimentel, Conde de Luna y Marqués de Jabalquinto, quien la trasladó (la reliquia) desde León a Baeza...» el año 1642. Afirma el jesuita que el pendón acompañaba a los reyes siempre que iban a luchar contra los moros «...y la última vez que se sacó fue en la conquista de Antequera, cuando fue sobre ella el Señor Infante D. Fernando...».

²² Cfr. MANSILLA, D.: *La Curia romana y el reino de Castilla en un momento decisivo de su historia*, Burgos, 1944; También: *Iglesia castellano-leonesa y Curia romana en los tiempos del Rey san Fernando*, Madrid, 1945; LINEHAN, P.: *The Spanish Church and the Papacy in the Thirteenth Century*, Cambridge, 1971; BURNS, R. I.: *Medieval Colonialism*, Princeton, 1975, e *Islam under the Crusaders*, Princeton, 1973.

(«...si no fue angel, suplió las veces del angel...»), en forma de pastor para guiar al ejército. Únicamente cabe relacionar la atribución al santo madrileño con una mayor gravitación hacia Castilla en la geopolítica que se estaba gestando. Ni su recreo al evocar la milagrosidad mortífera de la Santa Cruz (XXXVII, 106 y ss.) «...que por qualquier parte que passava la Santa Cruz dexava muertos a montones los infieles...»²³. Muy propio por lo demás de un jesuita, de cualquier clérigo, es el aliento bíblico que inspiran reflexiones como esta: «...traía Dios a su exercito como en otro tiempo al Pueblo de Israel, trocándole en jardines los desiertos...». Al fin y al cabo el soplo de la poesía semítica a través del latín de la Vulgata.

NUEVOS PATRONOS PARA LAS CIUDADES

Antes aludíamos a que la naturalidad con que Bilches²⁴ expresa la determinación castrense diríamos de un patronazgo celeste, no puede ser más reveladora de su mentalidad, reconquistadora ésta, fronteriza de uno de los aspectos, el bélico, de la frontera; pues es innegable existía el otro, el convivencial. Por otra parte esta mentalidad no deja de entroncar con la contrarreformista, en España prolongación de la anterior, en cuanto se insertaba en la lucha teológica contra la herejía, fuera de una cierta infusión del mismo elemento aunque no en los campos de batalla.

Pues bien, la mejor demostración de la parcialidad del propio Bilches al así pensar nos la facilita él mismo al darnos cuenta de los patronazgos elegidos para Martos (XLI, 120) y Baeza (XLII, 120). Para el primero santa Marta, para la segunda san Andrés, sencillamente por haber tenido lugar su toma en los sendos días en que la Iglesia universal festejaba a la una y el otro, 29 de julio y 30 de noviembre.

Pero Baeza era la que ya tenía de patrono a san Isidoro. Y a los dos les concedió espacio en su blasón. Granjeada ya la permanencia del recuerdo

²³ Afirma Bilches que esta Santa Cruz se veneró durante 400 años en la capilla levantada en Navas de Tolosa, pero temiendo que se perdiera «...en aquellos despoblados...» de Sierra Morena, se trasladó a Vilches. Atribuye a la Cruz el milagro de curar heridas a los combatientes cristianos, e impedir la putrefacción de los moros muertos hasta que acabaron los cristianos sus combates, evitando que surgieran epidemias en el campo de batalla. Puede verse: LOURIE, E.: *A. society organised for war, «past and Present»*, 33-5, 55-76 (1966); GARATE, J. M.: *Espíritu y milicia en la España medieval*, Madrid, 1967. También la magnífica síntesis de LOMAX, D.W.: *The Reconquest of Spain*, Londres, 1967.

²⁴ Notemos la normalidad, ajena a la frontera, del patronazgo de Santa Potenciana en Andújar. (XLIX, 141).

heroico—bélico por la presencia, amañada como hemos visto, del primero, era natural que se dejase llevar por la normalidad en la elección del segundo²⁵. Normalidad, sí; ahí está una buena parte de la toponimia sacra de las tierras descubiertas en la Edad Moderna en América y el Pacífico sobre todo, determinada por la arribada de los navegantes o colonizadores. Y concluye: «...*La Santa Iglesia de Baeza reza de san Andrés con oficio doble de primera clase con octava, por concesión de Paulo V*», otorgada en 1616. Aquí advertimos al jesuita del barroco, explayándose en la solemnidad litúrgica que había llegado a cogüelmo en sus días, amplificando y dando esplendores por otra parte a una herencia recibida íntegramente del medievo. En la iglesia universal, san Andrés, como apóstol, era doble clásico, pero de segunda clase dentro de esa máxima categoría. Mas la toma de Baeza bien valía el ascenso a la primera, y el aditamento de la octava.

Por el mismo motivo correspondió a Ubeda el de san Miguel. Si bien en este caso el azar, de no creer hubiera algo en la elección de premeditado, proporcionó la concurrencia de un santo belicoso en la iconografía, y eso en toda la cristiandad, con el demonio encadenado a sus pies, magnífico tema para cronistas que conocieron de cerca la frontera mora²⁶. *Esto presidium* se le rezaba hasta hace poco en las preces añadidas a la misa por León XIII, *Defende nos in proelio*; por eso sintonizan tan bien con su devoción concre-

²⁵ La alusión al patronazgo de san Andrés en Baeza sirve a Bilches para hacer una barroca descripción sobre los pormenores de la conquista. Con deleite narra la precipitada huida de los moros «...unos se retiraron a Siruela, otros a Quesada..., muchas más a Granada, lugar más seguro...». Allí fundarían el barrio del Albaicín, topónimo lógico «...por la habitación de sus autores» para un barrio granadino que según Bilches llegó a tener ¡30.000 vecinos!... Tocando el tema de las cifras la objetividad del jesuita se pierde sin remisión. Ello no invalida su rigor en otros asuntos, desde luego. De san Andrés cuenta poco más: la ciudad, agradecida, le toma por patrono y lo hace figurar en su escudo de armas. Por supuesto le levantan templo y celebran su patronazgo con largueza: dos veces «...una el día del Santo, en la Iglesia Catedral; otra el día siguiente, en la parrochia. A la primera asiste la Ciudad en forma, y a la segunda por diputación, ambas muy solemnes...». Y añade que el pueblo festeja esta fecha durante 15 días seguidos.

²⁶ Resulta difícil precisar la fecha exacta en que se reconquista definitivamente Ubeda. Si Bilches afirma fue el 29 de septiembre, Jimena Jurado, en sus *Anales de Arjona* (1643) habla del mes de diciembre. Tampoco aclara la cuestión Argote de Molina en su obra *Nobleza de Andalucía* (1588). La *Crónica Latina de los Reyes de Castilla* (Ed. en Valencia, 1964, pág. 107) ofrece esta versión: «*Sequenti vero hyeme sub era M.^a CC.^a LXXI.^a, festo Ephifania, obsedit dominus rex Ubedam...*», según fuentes musulmanas. La historiografía más reciente se inclina empero por el mes de julio de 1233. Puede verse: PESET, M. y GUTIÉRREZ CUADRADO, J.: *El Fuero de Ubeda* (Estudio preliminar), Valencia, 1979, pág. 159. GONZÁLEZ, J.: «Las conquistas de Fernando III en Andalucía», *Hispania*, VI (1946),

ta sus vecinos heráldicos, «...con aditamento de una corona en campo roxo y doze leones roxos en campo de plata, que dio el Rey D. Enrique a esta ciudad el año de mil y trescientos y sesenta y nueve, por símbolo de una victoria que doze caballeros de Ubeda alcanzaron de otros tantos moros en el cerco de Tarifa...» (XLIII, 129-30).

El caso de santa Catalina y Jaén es singular, ambivalente, pero anclado en la herencia de la pugnacidad (XIX, 130). Porque la santa, la virgen y mártir patrona de los filósofos –recordemos la casualidad que la hermana con el sapiente Isidoro, uno y otra aquí mutados a muy otras miras– «le apareció» al Rey, a san Fernando, sitiador de la plaza, animándole a su conquista, y dándole unas llaves en seguro de la posesión que prometía. Una motivación reconquistadora pues, aunque menos aparatosamente manifestada que en el caso isidoriano, quizás por la diferencia implicada en la femineidad, prestándose desde luego a inquisiciones psicológicas el dato de ser una mujer la elegida, pero por unas vías que a duras penas serían historiográficas²⁷.

LOS SANTOS DE LA FRONTERA

Bilches se refiere naturalmente a san Pedro Pascual (LI, 143), el obispo mercedario de Jaén (circa 1227-1300), cautivo y supliciado en Granada, apologista del cristianismo contra el islam²⁸. Aunque ha planteado ya de

págs. 515-631; GARCÍA FITZ, F.: «Las conquistas de Andalucía en las crónicas castellanas del siglo XIII. La mentalidad historiográfica en los relatos de la conquista», *V Coloquio M. Internacional*, Córdoba, 1988, págs. 51-61. PAREJO DELGADO, M. J.: *El reino de Jaén en la Baja Edad Media según los Anales de M. de Jimena Jurado*, Sevilla, 1977. págs. 69 -73. Abordamos esta cuestión en nuestro trabajo: «Ubeda fronteriza y cristiana..», *op. cit.*

²⁷ Bilches al menos reconoce que no todos los autores están de acuerdo a la hora de relatar esta prodigiosa aparición de la santa al rey Fernando III, pero que la tradición sí acepta la mediación, matiz de agradecer, desde luego. Por tradición pues se celebran fiestas en honor de la Santa patrona. Respecto a la fecha, aunque otros, como el padre Juan de Mariana, la fijan en 1243, para Bilches no hay duda sucedió en 1246, porque así lo ha visto escrito en unas escrituras de donación que Baeza hizo a Baños de la Encina.

²⁸ Nos cuenta que el santo tomó el hábito de la mano de Fray Arnaldo de Carcelona. Contribuyó a fundar conventos de su orden en Ubeda, Baeza, Jaén, Toledo, Jerez...; «...en una entrada (eran entonces muy frecuentes) fue preso de los moros y llevado a Granada...» Se dedicó en el cautiverio a escribir y predicar. No sabemos hasta qué pudo calar su predicación entre los musulmanes. Bilches nos dice que gracias a un libro suyo, escrito en 1300 «...contra la secta de Mahoma...», muchos moros recibieron el bautismo. Eso pesaría en su martirio: «...pero los sequaces de la ley falsa tuvieron por agravio la reducción de los Moros... y le dieron muerte estando en el Altar (en la Iglesia de los Mártires, de Granada) ofreciendo sacrificio...».

antiguo problemas historiográficos²⁹ no hemos aquí de decir nada en cuanto nuestro jesuita le trata adecuadamente, siendo como es santo oficial de la Iglesia de Roma, aprobado su culto por Clemente X en 1670, por el decreto *Catholicae Ecclesiae Regimini*, e inserto en el Martirologio Romano. Bilches le atribuye el milagro póstumo de haber llegado la «mula extranjera» en que los moros pusieron su cadáver, para librarse de él, motu proprio a la puerta de la Luna de la catedral de Baeza (allí se detuvo y murió la mula). Un cliché de la literatura hagiográfica, el de los animales que llegan solos a un paraje sobrenaturalmente escogido.

Ahora bien, no sólo el obispo valenciano de la sede jiennense fue martirizado en el cautiverio, sino que pertenecía a una orden religiosa instituida para la redención de los cautivos precisamente³⁰.

Otra reminiscencia hagiográfica suya es la historia que cuenta sobre Lucía y Mariano (madre e hijo), a los que llama «venerables», pero no dice tuvieran culto (XLVIII, 138). Nacida ella en Santiago de Martos, durante el reinado de Fernando III, hija de «nobles cristianos», porque, el Rey Santo tenía en cuenta estas virtudes «...para poblar las plazas que ganava de los moros...», sufrió como tantos el destino de vivir en la frontera. Un ataque de los musulmanes «...que descendieron de los montes de Granada, juntamente con otros africanos...», causó la muerte del esposo y de su padre, llevada la joven viuda cautiva a Granada, cuando ya esperaba un hijo³¹. El prodigio

²⁹ Véase FITA, F.: «Sobre la bibliografía de san Pedro P.», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46 (1905), págs. 259-69. Ello aparte de la vieja disputa también acerca de si fue o no mercedario, en el contexto del barroco y los prestigios de cada familia religiosa.

³⁰ Notemos la exclamación de Bilches, a propósito de los padres mozárabes del obispo: «¡grande alabanza ser bueno entre malos!».

³¹ Notemos las frecuentes alusiones a cautividad. No en vano el Reino de Jaén, y retomamos la palabra de Bilches, era «...guarda y defensa de los Reynos de Castilla...», tierra pues de frontera, codiciada además, dice el Jesuita, por «...la fertilidad de los campos..., la hermosura de las vegas, la variedad de los montes, amenidad de los rios, y fuentes que la cercan, y hazen deleitosa, más que a otras ciudades de igual porte, por no dezir mayor...». (También dice era plaza fortalecida e inexpugnable) (XLV, 130). Sobre este tema puede consultarse: HIGUERAS MALDONADO, J.: *Documentos latinos de Ubeda*, I.E.G., Jaén, 1975, y GUERRERO NAVARRETE: *Proceso y sentencia contra Ruy López Dávalos*, I.E.G., Jaén 1982. Recoge este autor, en pág. 9, como el Condestable de Castilla Ruy López Dávalos, natural de Ubeda, fue hecho prisionero por los musulmanes en 1379, y liberado, gracias a un canje de cautivos. El destino más común de los cautivos era la venta en almoneda, cotizándose entre 12-17 doblas. Este grave problema pesó en la fuerte fiscalidad que soportaban los vecinos del reino de Jaén, considerando las autoridades eclesiásticas que la aportación económica a la guerra contra el moro era deber de todo cristiano. Véase: RODRÍGUEZ MOLINA, J.: «Patrimonio eclesiástico del obispado de Baeza- Jaén (siglos XIII-XVI)», *B.I.E.G.*, LXXXII, 1975, págs. 9-73.

vuelve a producirse cuando la Virgen premia la devoción que siempre le profesara Lucía (sobre todo con el rezo del rosario) asistiéndola en el parto y devolviéndola junto con el hijo a su pueblo.

Sí tuvieron veneración local dos vírgenes de Torredonjimeno, Juana y María (LII, 151), suplicadas en Granada igualmente. Luego de degolladas: «...*Dios se agradó tanto deste sacrificio, que luego dio señales manifiestas,quedaron los cuerpos de rodillas sin caer al suelo y bañados de una luz tan soberana, que sobrepujaba a la del sol del mediodía... y sobre los mismos cuerpos se mostraban estrellas también resplandecientes*». De ello hicieron los propios islamitas una información testifical, corroborada por sus descendientes, precisamente el año 1560, en vísperas de la sublevación de la Alpujarra, dato que no es desde luego para echar en saco roto, en cuanto al impulso decisivo de constituir la queremos decir. Ello sin que pretendamos continuar esta línea de santos de la frontera más allá de la línea divisoria, fronteriza también, que nos trazamos. Porque el martirologio de Bilches alcanza sus rasgos más épicos precisamente cuando aborde la violencia desbordada de aquella última guerra de Granada, en la Alpujarra del XVI, lejano el medievo. Así Juana y María, a las que se daba culto en la Iglesia de san Gregorio de Granada³², y la barroca descripción de su martirio, son antesala de lo que Bilches escribiría después. Y es que, como ya decíamos, la violencia y el miedo de la modernidad nada tenían que envidiar al pasado. Menos aún al futuro.

Y queremos también aludir, respecto de los cultos locales mencionados para algunos siervos de Dios, que ello no ha sido anómalo en la Iglesia, hasta el extremo de que aún está vigente un procedimiento extraordinario de canonización, el equipolente, el de la extensión pontificia a la Iglesia universal de la tal devoción preexistente sin los trámites procesales ordinarios. Sin embargo, el predominio del procedimiento dicho en un determinado territorio nos denota desde luego algo significativo. En este caso el fervor martirial fronterizo.

De los cuatrocientos mártires de Santiago de Martos (LIIII, 157 y ss.) cuenta el jesuita sucesos que inciden en la crueldad extrema a que llegaba su eterno rival de frontera mora. No aclara las manifestaciones populares

³² Cuenta el jesuita que hay equivocación en sus nombres, porque se llaman en realidad Catalina y Lucía. Refiere que el suceso quedó recogido en una historia de Granada escrita por D. Justino Antolínez, obispo de Tortosa. En la Iglesia de S. Gregorio, bajo las pinturas que relatan lo sucedido a las santas, se escribieron estos versos: «*Quiso la bondad sagrada/Que por camino tan bueno/Plantas de Torreximeno/Diesen su fruto en Granada.*»

de su devoción, aunque el título de «santos» que reciben debe inducirnos a sospechar que existieron. Es un pasaje crudo, sin la mínima concesión a la tolerancia, que sitúa en el borrascoso reinado de Enrique IV. Rey cristiano al que acusa de debilidad, y que tuvo la mala fortuna de tener como rival al granadino Muley Albohacen «*hombre astuto y desleal, ... (que) dio rienda suelta a sus vasallos, y ellos al odio que mamaron con la leche...*»; frase que más nada tiene que envidiar a las teorías de aquellos ilustres moralistas de la modernidad cuando advertían del peligro de contratar nodrizas impías, y recomendaban a las madres amamantasen a sus hijos³³. Lo que sigue después de esto bien puede intuirse. En todo caso volveremos a retomar el tema más adelante, al trazar la imagen-tipo que este contrarreformista de Baeza tiene de su fronterizo enemigo.

Y más fronterizo si cabe es el tratamiento que da a un santo confesor muy popular en la época: san Vicente Ferrer (LIII, 153). Ahora, nuevamente a vueltas con los números, concluye Bilches que gracias a sus predicaciones, en vida del santo se convirtieron al cristianismo 50.000 moros y judíos. Y que estuvo casi al borde de la conversión el mismo Rey moro de Granada. De sus milagros: amén de la multitudinaria conversión citada, le atribuye una derrota al ejército moro, compuesto, siempre según Bilches, por 80.000 infantes y 5.000 caballeros, en Baeza³⁴, y la no menos espectacular resistencia a terribles temporales de 1560 que mostró la que fuera un día casa-posada del santo en Baeza (y las colaterales) pese a caer un rayo en las inmediaciones.

La investigación de la muarofilia en la España cristiana³⁵ sería de subido interés. No lo decimos del sentimiento contrario por ser mucho más

³³ Entre los siglos XVI-XVII es muy generalizada la opinión de que con la leche no sólo se conseguía el alimento material del niño. La lactancia transmitía cualidades morales, así lo expresa, por ejemplo, Fray Luis de León, en *La perfecta casada*, ed. Nuestra Raza, Madrid (sin fecha), pág. 14, y Fray Antonio de Guevara: *Reloj de Principes*, Valladolid, 1529, fl. 147, Cit. VIGIL, M.: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVIII*, Madrid, 1986, págs. 132-34.

³⁴ Recoge Bilches, en pág. 157, un Romance de la época alusivo a estos sucesos, que comienza así: *Cercada tiene a Baeza / Esse Arraez Audalla Mir / Con ochenta mil peones / Caballeros cinco mil / Con él va esse traidor / El traidor de Perogil / Por la puerta de Vedmar / La empieza a combatir / Ponen escalas al muro / Comienzan a conquistar...*; Es evidente que Bilches, como otros autores de la época, aunque beben de fuentes diversas, no tienen demasiados problemas para incorporar leyenda y tradición oral a sus crónicas, dándoles categoría científica.

³⁵ Queremos decir antes de las actuales conversiones al Islam, en un contexto del todo diverso.

común y explicable; pensemos en la corriente literaria que va de algunos romances fronterizos ya a poetas del siglo XIX, como Zorrilla y Romero Larrañaga, y escritores del siglo XX, como el laujarense Villaespesa y el astigitano José Más.

Naturalmente que no es ese el caso de Bilches. Pero por eso es de interés hacer notar sus escasas excepciones.

VICIO, VIRTUD Y CASTIGO

Porque no nos gustaría concluir sin trazar perfiles a la imagen que el jesuita dejó escrita sobre aquellos atroces y fieros moros, ni obviar las raras concesiones que hace a la tolerancia, admitiendo al menos que pudo existir alguno bueno. Así Bilches insiste machaconamente sobre la perversión del enemigo. Un enemigo que degolla *«como es costumbre entre los moros...»* sin piedad. Un enemigo malvado, cobarde, traidor hasta con los suyos, torpe pero astuto, desleal, avaro, lascivo, arrogante, rencoroso, vengativo, blasfemo....., y ello caminando a galope por los epítetos que dedica al moro. Pero sobre todo cruel. Y, como botón de muestra, veamos este breve apunte que tomamos del capítulo antes mencionado sobre los cuatrocientos mártires de Santiago de Martos: *«Entraron finalmente donde nunca los moros llegaron, quemaron los lugares, robaron los ganados dellos, robaron las haciendas ¿qué digo robaron? más quemaron, que fue mucho peor, mucha de la gente, que por ser en domingo, y ser en amaneciendo, los cogieron dentro de sus casas.... y los que escapaban, como salían fuyendo del fuego, cayan en las armas de los crudos y fieros moros, que con tanta ferocidad los recibían, que les arrebatában de los brazos los fixos, les arrebatában de los cabellos las fixas: las doncellas desonraban, forsaban las casadas, maltrataban los padres ante los fijos e fijas..., los despedazaban....., No perdonaron a la Santa Iglesia....., llegaron al altar y al sacerdote revestido, y a un monge que avia dicho misa dieron tantas y tan fieras cuchilladas que ninguna figura de hombres en ellos quedó. Acuchillaron las Santas imágenes, desonraron al Crucifixo, la devota figura de Nuestra Señora quemaron, basfemaron el nombre de Chisto,...arrastraron las reliquias, y ningún linaje de injurias supieron que a Chisto dexassen de facer...»³⁶.*

³⁶ BILCHES, LIIII, 158. Comenta el jesuita que la acción de los moros fue revancha por una grave derrota en la batalla llamada «Del Retamar» (1469), con el auxilio del apóstol Santiago, que se presentó *«...con mucha gente de armas vestida de blanco...»*. Los 400 mártires fueron aquellos cristianos que murieron dentro de la Iglesia, precisamente otro 29 de septiembre, festividad de san Miguel, de 1471 (Alude al relato del suceso en la Crónica del Condestable Lucas de Iranzo, quien informó al papa Sixto IV). Sobre los muchos vicios

Naturalmente cuando encuentra a un moro bueno lo enmarca en un contexto ajeno al mundo islámico: son raras excepciones destinadas a morir, como el mártir cristiano, o a sucumbir ante el mal que les envuelve. Lo primero aconteció a «*Aben Mojamad, hijo de Audalla, y nieto de Abdelman el Grande, primer Rey de los Almohades, gente africana, y lo mejor de la morisma...*». Fue rey de Baeza en tiempos de Fernando III, monarca con el que mantuvo excelentes relaciones. Su apoyo a los cristianos le costó la vida. Y cuenta Bilches que aquel hombre «*...que no tenía de moro más que el hábito...*» fue acusado de traidor por los suyos y decapitado en la cuesta de Amodovar «*...desgracia que sintió el Santo Rey, por cuya amistad murió Azahir, y por ventura era cristiano, que en el bautizo se llamó Fernando, a contemplación del Rey Santo...*» (XLII, 120 y ss.), versión de unos hechos que no merece comentario alguno, a no ser volver por pasiva la reacción que hubiera producido en bando cristiano una actitud regia similar a la que mostró el bueno de Azahid. Lo segundo, sucumbir al mal tras conocer el bien, sucede al rey de Granada que dio permiso a san Vicente Ferrer para que predicara el cristianismo en su palacio. Dice Bilches que tuvo que expulsarlo por miedo a los Alfaquíes. Eso le salvaría la vida, seguramente. Pero el jesuita no puede por menos querer apostillar: «*...por no perder el estado temporal se hizo indigno del eterno. Tanto impiden las riquezas a los que pretenden la virtud...*». Sabía sentencia, de no ser porque cueste imaginar qué hubiera sucedido en cualquier palacio cristiano de aquellos años bajomedievales si el monarca invitase a un teólogo islámico a difundir las doctrinas de Mahoma, aunque todavía nadie pensara en Trento, ni Bilches hubiera abierto los ojos en su ilustre cuna de Baeza.

Otra concesión que el jesuita nos regala es el reconocimiento de que entre cristianos surge a veces la maldad. Porque frente al cúmulo de virtudes que adornan a los suyos destaca con acritud la marca negra del traidor. Sólo este vicio se denuncia claramente, en dolido exclamación «*...no hay falta de espías, sobra sí de traidores...*» (XXXII, 101), aunque sienta el consuelo de su profundo convencimiento en que Dios siempre castiga la mal-

de los moros resulta raro encontrar un capítulo que no aluda a ello. Muy significativo, por ejemplo es el rey moro de Baeza que participó en la batalla de las Navas: dice de él que era mentiroso y arrogante, torpe y cobarde. Que cuando vio el fracaso de su ejército intentó suicidarse. Su hermano Zeit Abenzait le aconseja que escape. Dice Bilches que no se detuvo en Baeza más que «*...a mudar caballo...*». Abandonó a su gente, pasando de Jaén a África (XXXVIII, 106 y ss.).

dad³⁷. Empero para Bilches no exista el menor asomo de crueldad cuando las tropas cristianas «pasan a cuchillo» poblaciones enteras, sin detenerse en sexo o edad, llegando a cifrar en 100.000 muertos los soldados moros en la batalla de Navas, y otros tantos «...en el alcance»; y en Malagón, Calatrava, Alarcos, Benavente, Piedra Buena, Baeza, Ubeda «..más de cien mil, que suman quinientos mil moros muertos, por veinte y cinco chistianos que faltaron el día de la batalla..» (XXXIX, 111, y ss), amén los ¡60.000! infieles que matan en la reconquista de Ubeda, dentro de sus muros «..sin condición ni límite..», reservando sólo alguno para esclavos. Por lo demás las cristianos son para el jesuita valientes, leales, desprendidos, devotos..., pero sobre todo castos. No en vano frente a los «lascivos y descompuestos» moros que propusieron matrimonio a las cristianas Juana y Lucía, en lado cristiano había caballeros como Hernán Vázquez «...de quien fue fama aver vivido castamente hasta el día que se casó, que fue a los treinta años de su edad..», virtud que le premió Dios con el ya mencionado éxito en la batalla del Retamar, auxiliado allí por el apostol Santiago (LIII, 157). Y ello nos lleva irremisiblemente a su imagen sobre la mujer.

No puede dar muchas sorpresas lo que al respecto emana de las páginas de Bilches. Un hombre del XVII, clérigo, cristiano viejo entiende que la mujer, aunque con alma y derecho a la eternidad, conquistará ésta venciendo sus bajos instintos. No es propio de la mujer para el jesuita la valentía, el esfuerzo ni el sacrificio. Por ello, cuando habla de la virgen y mártir Santa Eugenia, dice fue «*vencedora de sí misma*», y no puede por menos que exclamar, cuando nos cuenta su resistencia a las doctrinas de Mahoma ¡*grandeza de ánimo en pecho mujeril!* (XXXV, 90 y ss). Naturalmente la obediencia y la castidad son virtudes especialmente importantes en la mujer, y por ellas reciben premio. Obediente fue Lucía, nuestra venerable de Santiago de Martos. Por eso casó «..no por su antojo (como suelen hazer otras, y lo pagan de contado) sino de acuerdo de sus padres y parientes, con un caballero de Castilla, noble y valiente..». Castas hasta la muerte las santas Juana y Lucía, a las que sorprenden los moros lavando ropa en fuente próxima a su pueblo, y las llevan a Granada. ¿Qué decir de lo que puede intuirse cuando

³⁷ Entiende Bilches que Dios se encarga de castigar la maldad de los humanos cuando es muy general. Como todos los moralista de la época interpreta que la invasión musulmana fue un castigo divino: «...Como los corazones de la gente se hubiesen endurecido con los muchos vicios y estos creciesen cada día, revosó el vaso de la indignación de Dios, y descargó uno de los mayores golpes que se vieron en España ...un aluvión de gente bárbara, mahometanos de profesión...vinieron a la conducta de Tarif, hombre versado en la malicia...» (XXXII, 83).

afirma el jesuita que las vírgenes de Torredonjimeno eran «...*muy hermosas...*, *aunque honestas*»? (XLVIII, 138, y LII, 151). Para él eran sobre todo mujeres cristianas que estaban en su mismo lado de la frontera³⁸.

³⁸ Es natural que Bilches encuentre rara la presencia de virtudes entre mujeres. La machacona doctrina sobre inclinaciones turbias en el alma de la mujer tiene raíces antiguas, pero se afianza en los siglos XVI y XVII. Fray Martín de Córdoba, en *El Jardín de las nobles doncellas*, obra escrita en el siglo XV, afirma que «...*en ellas no es tan firme la razón como en los varones*». Si la razón refrena pasiones de la carne, la mujer «...*por ser más carne que espíritu*», estaba doblemente expuesta a ellas. En: Biblioteca de Autores Españoles. Prosistas castellanos del siglo XV, Madrid, AT. V. II, T. 171, pág. 71. Pero sería anacrónico abundar en el tema, en días de la conferencia de Pekín. Y por otra parte, para tener una visión integral de la postura de la Iglesia, no olvidemos su exaltación de la Virgen María, para el agnóstico Salvador de Madariaga de lo que da «más humanidad y gracia al catolicismo».